



Á ORILLAS DEL MAR

(INÉDITA)

Esos bosques de ilamos y de palmas
Que refrescan las ondas murmurantes
Del cristalino Tecpan, al cansado
Pero tranquilo labrador conviden
En los ardores de la ardiente siesta
A reposar bajo su sombra grata,
Que él sí podrá sin dolorosa lucha
Libre de afanes entregarse al sueño.

Mas yo que el alma siento combatida
De tenaces recuerdos y cuidados
Que sin cesar me siguen dolorosos,
Olvido y sueño con esfuerzo inútil,
En vano procuré. La blanda alfombra
De césped y de musgo, horrible lecho
De arena ardiente y de espinosos cardos
Fué para mí. De la inquietud la fiebre
Me hace de allí apartar, y en mi tristeza,
Vengo á buscar las solitarias dunas
Que el ronco tumbo de la mar azota.

Esta playa que abrasa un sol de fuego,
Esta llanura inmensa que se agita,
Del fiero Sud al irritado soplo,
Y este cielo dó van espesas nubes
Negro dosel en su reunión formando
Al infortunio y al pesar convienen.

Aquí, los ojos en las ondas fijos,
Pienso en la Patria ¡ ay Dios ! Patria infelice,
De eterna esclavitud amenazada
Por extranjeros déspotas. La ira
Hierva en el fondo del honrado pecho
Al recordar que la cobarde turba
De menguados traidores, que en malhora
La sangre de su seno alimentara,
La rodilla doblando ante el injusto,
El más injusto de los fieros reyes
Que á la paciente Europa tiranizan,
Un verdugo pidiera para el pueblo,
Que al fin cansado rechazó su orgullo.

Vencidos en el campo del combate
Á pesar de su rabia, por las huestes
Que la divina Libertad exalta,
Su dominio impostor aniquilado
Por la verdad que al fin esplendorosa
Tras de la noche del terror alumbra.

Sacrilegos alzando en los altares
Con la cruz del profeta de los pueblos
El pendón de la infame tiranía,
Y allí sacrificando, no á la excelsa,

No á la santa virtud, sino al odios o
 Idolo de Moloc de sangre lleno,
 Vampiro colosal que no soñara
 La barbarie jamás, en esos siglos
 De crimen y de error que las tinieblas
 De antigüedad lejana nos ocultan.

Nunca hiciera procaz el sacerdocio
 De la mentida religión pagana,
 Tantos, al pueblo, desastrosos males,
 Como el que sirve al Dios de las virtudes
 De México infeliz en los santuarios.

Que los dioses de Menfis y de Tebas
 El horror á Cambises predicaban,
 Y aquel acento que inspiraba en Delfos
 La voluntad del servidor de Apolo
 El valor de la Grecia sostenía
 Contra el terrible Persa, que su imperio
 Sobre inúmeros pueblos extendiera,
 Y aquel acento prometió la gloria
 De Maraton, Platea y Salamina
 Y la acción de Leonidas admirable.

El Capitolio ó Cannas deplorando,
 Al africano con su voz contuvo;

Del templo de Israel salió radioso
 Para triunfar el bravo Macabeo
 Y de los Druidas la sagrada encina
 Miró á sus piés las aguilas de Varus.

¿Quién no admira al teopixque valeroso

En el templo mayor del Marte azteca
 Convocando al sonar del cuerno sacro
 De Acamapich á los heroicos hijos,
 Á defender el moribundo imperio?

¿Quién no vé del imán la mano airada
 Dirigiendo el alfanje del creyente
 Sobre el fiero francés que oprime el Cairo?

¿Quién no olvida del monje el fanatismo
 El dos de Mayo, al recordar sus iras
 Y al mirarle después en Zaragoza
 Sobre el montón de escombros humeantes?

Solo tú, sacerdocio descreído,
 Llamas al invasor y lo encaminas
 Y lo recibes en tapiz de flores.
 Y alabanzas le entonas sobre el campo
 Que aun empapa la sangre de los héroes
 Que el honor de la Patria defendieron,
 Y que riega con lágrimas, el hijo
 Digno de una nación desventurada.

¡Y aun sacrílego invocas todavía
 En favor del verdugo que llamaste,
 En sacrificio odioso, las divinas
 Bendiciones de Dios, como si el alto
 Y omnipotente Sér á tanta mengua
 Á tu clamor infame, descendiese!

Y después, las cadenas que forjaste
 Ofreces al tirano, en tu venganza,

Cobarde y vil, soñando con la eterna
Esclavitud de México, ominosa.
¿Y es posible, gran Dios, que tal permitas?

¡Ah sacerdocio! A mi infelice pueblo
¿De qué espantoso infierno te arrojaron?
Y á México jamás ¿qué bien hiciste?
Es el oro tu Dios, tus templos antros
Dó enseñas la traición ¡maldito seas!
Tu nombre manchará baldón eterno
Y horror será del espantado mundo.

El alma misma del francés patriota
Con profundo desprecio te contempla.
¡Santo amor de la Patria! tú que animas
Los pechos todos ¿te repugna acaso
El alma negra y vil del sacerdote
Que allí no ardió jamás tu puro fuego?

¡Digna alianza del crimen! los magnates
Que tantos años hace, envilecidos,
Ante el corcel de sangre salpicado
De los sátrapas todos, se prosternan,
Vienen también mostrando halagadores
En el marchito seno de sus hijas
Su tributo humillante y oprobioso;
Y sus frentes manchadas con el limo
De todas las vergüenzas, inclinando
Delante del francés, parias le rinden.

¡Cómo abrigan las águilas francesas
Bajo sus alas que meció la gloria

Y sólo dan su sombra á los valientes,
Á esos bandidos que rechaza airada
Doquier la humanidad! Nunca los bosques
De la áspera Calabria, ni la arena
Del árabe desierto, ni las torvas
Soledades del Norte, que ligero
Cruza el indio feroz, vieran un día,
Tantos delitos bárbaros y horribles
Cual cometieran en su infanda lucha
En mi Patria infeliz, los despiadados
Guerreros de la cruz y de la iglesia!

¡Francia! país de corazón tan grande,
De pensamiento generoso y libre,
Tú que alumbraste al mundo esclavizado
Y soplaste en el alma de los pueblos,
En los modernos siglos, ese odio
Que va minando el trono de los reyes;
Tú que llevando escrita en tus banderas
Con sangre y luz, la libertad del mundo,
En su solio espantaste á los tiranos,
Y en su altar sepultaste al fanatismo:

Tú que recuerdas con tremenda ira
Las orgías del inglés en tus hogares,
Y el insultante grito del cosaco
Al pisar el cadáver del imperio,
¿Cómo vienes ahora en tus legiones
El lábaro feroz de la ignorancia
Y de la injusta y negra servidumbre
Á un pueblo libre que te amó, trayendo?
¿Tu misión olvidaste con tu historia

Y manchas tus blasones, despreciando
Tu pura fama, al interés vendida?

¿Es que existen naciones, como existen
Embusteros profetas, que fingiendo
Sacrosanta virtud, al cielo ultrajan,
Borrando el hecho lo que dijo el labio?

Yo te miro república naciente
Ahogar la débil libertad de Roma;
Yo te miro después apresurada
Dar un abrazo al Austria sobre Hungría;
Yo te miro más tarde abandonando
De los tzares al fiero despotismo
La suerte ¡ay! de la infeliz Polonia,
Y voy á maldecirte.... y me detengo,
No eres tú, no eres tú, pueblo grandioso
Que á la divina Libertad consagras
Dentro tu corazón ardiente culto,
Sino el tirano odioso que te oprime
Raquítrico remedo de aquel hombre
Colosal que cayó, cuya grandeza
De escaño sirve y pedestal y asilo
A la ambición del mísero pequeño.

Tal el nombre de César y de Augusto
Tiranos, sí; mas grandes, elevara
La oscura mezquindad de Cayo el loco
De imbécil Claudio y de Enobarbo infame.

Tú gimes, tú también, pueblo de libres
Encadenado ahora al solio férreo

Que tu paciencia sufre y abomina;
Mas su injusticia y su furor acusan
El grito de tus nobles desterrados
Y la voz varonil de tus tribunos
Y la cólera santa que te agita.

En tanto, de mi Patria los fecundos
Campos abrasa el fuego de la guerra,
Gimen sus pueblos y la sangre corre
En los surcos que abriera laborioso
El labrador que con horror contempla
El paso de tus huestes destructoras.

Ruge el cañón y con su acento anuncia
La elevación de un rey en esta tierra
De la América libre, cuyo jugo,
Es veneno letal á los tiranos,
Y esta nueva desgracia, todavía
Mi triste patria á tus soldados debe.

El trono del Hapsburgo se levanta
Sobre bases de sangre y de ruina,
¿Cómo existir podrá, si sus cimientos
El amor de los pueblos no sostiene?
Su ejército servil corre furioso,
A sangre y fuego su pendón llevando;
La falacia precede tentadora,
Que á las almas mezquinas avasalla;
Y se diezman del pueblo las legiones,
Y los pechos menguados desfallecen,
Y en el cielo parece que se eclipsa
De Libertad la fulgurante estella!

¡ Solemne instante de angustiosa duda
 Para el alma de cieno del cobarde!
 ¡ Solemne instante de entusiasmo fiero
 Para el alma ardorosa del creyente!
 ¡ Oh no, jamás! La Libertad es grande,
 Como grande es el Sér de donde emana
 ¿ Qué pueden en su contra los reptiles?

Ya encendido en el cielo el sol parece
 Entre nubes de púrpura brillando...
 ¡ Es el astro de Hidalgo y de Morelos
 Nuncio de guerra, de venganza y gloria,
 Y el que miró Guerrero en su infortunio
 Faro de libertad y de esperanza,
 Y el que vió Zaragoza en Guadalupe
 La sublime victoria prometiendo!

Á su esplendor renuévase la lucha,
 Crece el aliento, la desgracia amengua;
 La ancha tierra de México agitada
 Se estremece al fragor de los cañones,
 Desde el confín al centro, en las altivas
 Montañas que domina el viejo Ajuseo,
 Del Norte en las llanuras y en las selvas
 Fieras de Michoacan y donde corren
 El Lerma undoso y el salvaje Bravo;
 De Oaxaca en las puertas que defienden
 Nobles sus hijos de entusiasmo llenos
 Y en el áspero Sur, altar grandioso
 Á libertad por siempre consagrado.
 Y en las playas que azota rudo Atlante

Y en las que habita belicoso pueblo
 Y el Pacífico baña majestuoso.

Sí, donde quiera en la empeñada lucha
 Altivo el patrio pabellón ondea,
 ¿ Qué importa que el cobarde abandonando
 Las filas del honor, corra á humillarse
 Del déspota á las plantas, tembloroso?
 ¿ Qué importa la miseria? ¿ qué la dura
 Intemperie y las bárbaras fatigas?
 ¿ Qué el aspecto terrible del cadalso?
 Este combate al miserable aparta,
 Del desamparo el fuerte no se turba
 Solo el vil con el número bravea.
 ¡ Cuán hermoso es sufrir honrado y libre,
 Y al cadalso subir del despotismo
 Por la divina Libertad, cuán dulce!

.
 ¡ Oh! yo te adoro, Patria desdichada,
 Y con tu suerte venturosa sueño,
 Me destrozan el alma tus dolores
 Tu santa indignación mi pecho sufre.
 Ya en tu defensa levanté mi acento
 Tu atroz ultraje acrecentó mis odios,
 Hoy mis promesas sellaré con sangre
 Que en tus altares consagré mi vida!

El triunfo aguarda, el porvenir sonríe,
 Pueda el destino favorable luego,
 Dar á tus hijos que combaten bravos
 Menos errores y mayor ventura.

Pero si quiere la enemiga suerte
De nuevo hacer que encadenada llores
Antes que verte en servidumbre horrenda
Pueda yo sucumbir, oh Patria mía.

Galeana 1864.



NOTA

A propósito de mi composición intitulada : « *A Ofe-
lia Plissé* », creo necesario decir algunas palabras que
son indispensables en esta nueva edición de mis *Rimas*
y que no pudieron serlo en las anteriores porque aun
no existía el motivo que me obliga á escribir la presente
nota.

En el mes de Junio de 1865, me hallaba en Acapulco
cuando llegaron á ese puerto, de que estaba en pose-
sión todavía el gobierno republicano (que luchaba en-
tonces con la intervención y el llamado Imperio), los
jóvenes oficiales de nuestro ejército, Bernardo Smith
y Agustín Lozano, procedentes de Panamá y que se
dirigían á San Francisco de la Alta California para
buscar desde allí la manera de incorporarse al ejército
del Norte.

Los dos jóvenes, que eran amigos míos, permanecie-
ron algunos días en Acapulco en espera del vapor que
debía conducirlos á San Francisco. En ese tiempo me
refirieron las peripecias de su viaje desde México hasta
Panamá, atravesando la América Central, y se mani-
festaron agradecidos sobre todo al Sr. Miró, nuestro